

y Espitridates, y hurtando el cuerpo á este, á Resaces armado de coraza le tiró un bote de lanza, y rota esta, metió mano á la espada. Batiéndose los dos acercó por el flanco su caballo Espitridates, y poniéndose á punto, le alcanzó con la azcona de que usaban aquellos bárbaros; con la cual le destrozó el penacho, llevándose una de las alas; y el morrion resistió con dificultad al golpe, tanto que aun penetró la punta, y llegó á tocarle en el cabello. Disponíase Espitridates á segundar; pero le previno Clito el mayor, pasándole de medio á medio con la lanza; y al mismo tiempo cayó muerto Resaces herido de Alejandro. En este conflicto y en lo mas recio del combate de la caballería, pasó la falange de los Macedonios, y vinieron á las manos una y otra infantería; pero los enemigos no se sostuvieron con valor ni largo rato, sino que se dispersaron y huyeron, á excepcion de los Griegos estipendiarios; los cuales, retirados á un collado, imploraban la fe de Alejandro; pero este, acometiéndolos el primero, llevado mas de la cólera que gobernado por la razon, perdió el caballo pasado de una estocada por los hijares (era otro, no el Bucéfalo); y allí cayeron tambien la mayor parte de los que perecieron en aquella batalla, peleando con hombres desesperados y aguerridos. Dicese que murieron de los bárbaros veinte mil hombres de infantería y dos mil de caballería. Por parte de Alejandro dice Aristóbulo que los muertos no fueron entre todos mas que treinta y cuatro; de ellos nueve infantes. A estos mandó que se les erigiesen estatuas de bronce, las que trabajó Lisipo. Dió parte á los Griegos de esta victoria, enviando en particular á los Ateníenses treientos escudos de los que se cogieron; y haciendo un cúmulo de los demas despojos, hizo poner sobre él esta ambiciosa inscripcion: **ALEJANDRO, HIJO DE FILIPO, Y LOS GRIEGOS, A EXCEPCION DE LOS LACE-**

DEMONIOS, DE LOS BARBAROS QUE HABITAN EL ASIA. De los vasos preciosos, de las ropas de púrpura y de cuantas preseas ricas tomó de las de Persia, fuera de muy poco, todo lo demas lo remitió á la madre.

Produjo este combate una gran mudanza en los negocios, favorable á Alejandro: tanto que con la ciudad de Sardis se le entregó en cierta manera el imperio marítimo de los bárbaros, poniéndose á su disposicion los demas pueblos. Solo le hicieron resistencia Halicarnaso y Mileto; las que tomó por asalto, y sujetando todo el pais vecino á una y otra, quedó perplejo en su ánimo sobre lo que despues emprenderia: pensando unas veces que seria lo mejor ir desde luego en busca de Darío; y ponerlo todo á la suerte de una batalla; y otras que seria mas conveniente dar su atencion á los negocios é intereses del mar, como para egercitarse y cobrar fuerzas, y de este modo marchar contra aquel. Hay en la Licia cerca de la ciudad de Janto una fuente, de la que se dice que entonces mudó su curso y salió de sus márgenes, arrojando sin causa conocida de su fondo una plancha de bronce, sobre la cual estaba grabado en caracteres antiguos, que cesaria el imperio de los Persas, destruido por los Griegos. Alentado con este prodigio, se apresuró á poner de su parte todo el pais marítimo hasta la Fenicia y la Cilicia. Su incursion en la Panfilia sirvió á muchos historiadores de materia pintoresca para excitar la admiracion y el asombro; diciendo que como por una disposicion divina aquel mar habia tomado el partido de Alejandro, quando siempre solia ser inquieto y borrascoso, y rara vez dejaba al descubierto los escondidos y resonantes escollos situados al pie de sus escarpadas y pedregosas orillas; á lo que alude Menandro, celebrando cómicamente lo extraordinario del mismo suceso: *esto va á lo Alejandro, dicho y hecho:*

Si á algüien busco, comparece luego
Sin que nadie le llame; si es preciso
Dirigirme por mar á cierto punto,
El mar se allana y facilita el paso.
Mas el mismo Alejandro en sus cartas, sin tener na-
da de esto á portento, dice sencillamente que andu-
vo á pie la montaña llamada Climax, y que la atra-
vesó partiendo de la ciudad de Fasilide, en la cual
se detuvo muchos dias; y que en ellos, habiendo vis-
tó en la plaza la estatua de Teodecto, que era natu-
ral de la misma ciudad, y habia muerto poco antes,
fue á festejarla bien bebido después de la cena, y
derramó sobre ella muchas coronas, tributando co-
mo por juego esta grata memoria al trato que con él
habia tenido á causa de Aristóteles y de la filosofía.
Después de esto sujetó á aquellos de los Pisidas
que le hicieron oposicion, y puso bajo su obediencia
la Frigia; y tomando la ciudad de Gordio, que se
dice haber sido corte del antiguo Midas, vió aquel
celebrado carro atado con corteza de serbal, y oyó
la relacion allí creida por aquellos bárbaros; segun
la cual el hado ofrecia al que desatase aquel nudo,
el ser Rey de toda la tierra. Los mas refieren que
este nudo tenia ciegos los cabos enredados unos con
otros con muchas vueltas, y que desesperado Alejan-
dro de desatarlo, lo cortó con la espada por medio,
apareciendo muchos cabos después de cortado; pero
Aristóbulo dice que le fue muy fácil el desatarlo, por-
que quitó del timón la clavija que une con este el
yugo, y después fácilmente quitó el yugo mismo.
Desde allí pasó á atraer á su dominacion á los Pasa-
gonios y Capadocios; y habiendo tenido noticia de
la muerte de Memnon, que siendo el gefe mas acre-
ditado de la armada naval de Darío, habia dado
mucho en que entender y puesto en repetidos apuros
al mismo Alejandro, se animó mucho mas á llevar
sus armas á las provincias superiores de la Persia.

En esto ya Darío bajaba de Susa muy engreído con
la muchedumbre de sus tropas, pues que traía seis-
cientos mil hombres, y confiado en un sueño que los
Magos explicaban mas bien segun lo que aquel de-
seaba, que segun lo que él indicaba en realidad. Por-
que le pareció que discurría gran resplandor por la
falange de los Macedonios; que le servia Alejandro,
adornado con la estola que llevaba el mismo Darío
cuando era correo del Rey; y que después habiendo
entrado Alejandro al bosque del templo de Belo, des-
apareció; en lo cual, á lo que parece, significaba el
Dios que brillarian y resplandecerian las empresas de
los Macedonios; y que Alejandro dominaria en el
Asia como habia dominado Darío, habiendo pasado
de correo á Rey; pero que en breve tendrían térmi-
no su gloria y su vida.

Dióle todavía á Darío mas confianza el graduar
de tímido á Alejandro al ver que se detenía mucho
tiempo en la Cilicia; pero su detencion provenia de
enfermedad, que unos decían habia contraído con
las grandes fatigas; y otros que por haberse bañado
en las aguas heladas del Cidno. De todos los demás
médicos, ninguno confiaba en que podría curarse,
sino que reputando el mal por superior á todo reme-
dio, temian que errada la cura, habian de ser calum-
niados por los Macedonios; pero Filipo de Acarna-
nia, aunque se hizo cargo de lo penosa que era aque-
lla situación, llevado sin embargo de la amistad, y
teniendo á afrenta el no peligrar con el que estaba
de peligro, asistiéndole y cuidándole hasta no dejar
nada por probar, se determinó á emplear las medi-
cinas, y le persuadió al mismo Alejandro que tuviera
sufrimiento y las tomara, procurándo ponerse
bueno para la guerra. En esto Parmenion le escribió
desde el ejército, previniéndole que se guardara de
Filipo, porque habia sido seducido por Darío con
grandes dones y el matrimonio de su hija, para qui-

tarle la vida. Leyó Alejandro la carta, y sin mostrarla á ninguno de los amigos la puso bajo la almohada. Llegada la hora entró Filipo con los amigos trayendo la medicina en una taza: dióle Alejandro la carta, y al mismo tiempo tomó la medicina con grande ánimo y sin que mostrase ninguna sospecha: de manera que era un espectáculo verdaderamente teatral el ver al uno leer y al otro beber, y que después se miraron uno á otro, aunque de muy diferente manera: porque Alejandro miraba á Filipo con semblante alegre y sereno, en el que estaban pintadas la benevolencia y la confianza; y este, sorprendido con la calumnia, unas veces ponía por testigos á los dioses y levantaba las manos al cielo, y otras se reclinaba sobre el lecho, exhortando á Alejandro á que estuviera tranquilo y confiara en él. Porque el remedio al principio parecia haber cortado el cuerpo, prostrando y abatiendo las fuerzas hasta hacerle perder el habla, y quedar muy apocados todos los sentidos, sobreviniéndole luego una congoja; pero Filipo logró volverle pronto, y restituyéndole las fuerzas, hizo que se mostrase á los Macedonios, que se mantuvieron siempre muy desconfiados é inquietos mientras que no vieron á Alejandro.

Hallábase en el ejército de Darío un fugitivo de Macedonia y natural de ella llamado Amintas, el que no dejaba de tener conocimiento del caracter de Alejandro. Este viendo que Darío iba á encerrarse entre desfiladeros en busca de Alejandro, le proponía que permaneciese donde se encontraba, en lugares llanos y abiertos, habiendo de pelear contra pocos con tan inmenso número de tropas; y como le respondiese Darío, que temia no se anticiparan á huir los enemigos y se le escapara Alejandro: por eso, ó Rey, le repuso, no paseis pena, porque él vendrá contra vos, ó quizá viene ya á estas horas. Mas no cedió por esto Darío; sino que levantando el campo,

marchó para la Cilicia, y al mismo tiempo Alejandro marchaba contra él á la Siria; pero habiendo en la noche apartádose por yerro unos de otros, retrocedieron. Alejandro, contento con que así le favoreciese la suerte para salirle á aquel al encuentro entre montañas, y Darío para ver si podría recobrar su antiguo campamento y poner sus tropas fuera de gargantas: porque ya entonces reconoció que contra lo que le convenia se habia metido en lugares que por el mar, por las montañas y por el rio Píndaro que corre en medio, eran poco á propósito para la caballería, y que le obligaban á tener divididas sus fuerzas: estando por tanto aquella posicion muy en favor de los enemigos, que eran en tan corto número. La fortuna pues le preparó este lugar á Alejandro; pero él por su parte procuró tambien ayudar á la fortuna, disponiendo las cosas del modo mejor posible para el vencimiento: pues siendo muy inferior á tanto número de bárbaros, no solo no se dejó envolver, sino que extendiendo su ala derecha sobre la izquierda de aquellos, llegó á formar semicírculo, y obligó á la fuga á los que tenia al frente, peleando entre los primeros, tanto que fue herido de una cuchillada en un muslo; según dice Cares, por Darío, habiendo venido ambos á las manos; pero el mismo Alejandro, escribiendo á Antipatro acerca de esta batalla, no dijo quién hubiese sido el que le hirió, sino que habia salido herido de una cuchillada en un muslo, sin que hubiese tenido la herida malas resultas. Habiendo conseguido una señalada victoria con muerte de mas de ciento y diez mil hombres, no acabó con Darío, que se le habia adelantado en la fuga cuatro ó cinco estadios; por lo cual, habiendo tomado su carro y su arco, se volvió y halló á los Macedonios cargados de inmensa riqueza y botin que se llevaban del campo de los bárbaros, sin embargo de que estos se habian aligerado para la batalla, y habian

dejado en Damasco la mayor parte del bagage. Habian reservado para el mismo Alejandro el pabellon de Darío, lleno de muchedumbre de sirvientes, de ricos enseres y de copia de oro y plata. Desnudándose pues al punto de las armas, se dirigió sin dilacion al baño, diciendo: vamos á lavarnos el sudor de la batalla en el baño de Darío; sobre lo que uno de sus amigos repuso: no á fe mia, sino de Alejandro: porque las cosas del vencido son y deben llamarse del vencedor. Cuando vió las cajas, los jarros, los enjugadores y los alabastros, todo guarnecido de oro y trabajado con primor, percibió al mismo tiempo el olor fragante que de la mirra y los aromas despedia la casa: y habiendo pasado desde allí á la tienda, que en su altura y capacidad y en todo el adorno de alfombras, de mesas y de aparadores, era ciertamente digna de admiracion, vuelto á los amigos: en esto consistia, les dijo, segun parece, el reinar.

Al tiempo de ir á la cena se le anunció que entre los cautivos habian sido conducidas la madre y la muger de Darío y dos hijas doncellas; las cuales, habiendo visto el carro y el arco de este, habian empezado á herirse el rostro, y á llorar teniéndole por muerto. Paróse por bastante rato Alejandro; y mereciéndole mas cuidado los afectos de estas desgraciadas que los propios, envió á Leonato con orden de decirles que ni habia muerto Darío ni debian temer de Alejandro: porque con Darío estaba en guerra por el imperio; pero á ellas nada les faltaria de lo que reinando aquel se entendia corresponderles. Si este lenguaje pareció afable y honesto á aquellas mugeres, todavía en las obras se acreditó mas de humano con unas cautivas, porque les concedió dar sepultura á cuantos Persas quisieron, tomando las ropas y todo lo demas necesario para el ornato de los despojos de guerra; y de la asistencia y honores que disfrutaban nada se les disminuyó, y

aun percibieron mayores rentas que antes; pero el obsequio mas loable y mas regio que de él recibieron unas mugeres ingenuas y honestas, reducidas á la esclavitud, fue el no oír, ni sospechar ni temer nada indecoroso; sino que les fue licito llevar una vida apartada de todo trato y de la vista de los demas, como si estuvieran, no en un campamento de enemigos, sino guardadas en templos y relicarios de vírgenes; y eso que se dice que la muger de Darío era la mas bien parecida de toda la familia real, asi como el mismo Darío era el mas bello y gallardo de los hombres, y que las hijas se parecian á los padres. Pero Alejandro, teniendo, segun parece, por mas digno de un Rey el dominarse á sí mismo que vencer á los enemigos, ni tocó á estas, ni antes de casarse conoció á ninguna otra muger fuera de Barsene; la cual, habiendo quedado viuda por la muerte de Memnon, habia sido cautivada en Damasco. Habia recibido una educacion Griega, y siendo de índole suave é hija de Artabazo, tenuta en hija del Rey, fue conocida por Alejandro, á instigacion, segun dice Aristobulo, de Parmenion, que le propuso se acercase á una muger bella, y que unia á la belleza el ser de esclarecido linage. Al ver Alejandro á las demas cautivas, que todas eran aventajadas en hermosura y gallardía, dijo por chiste: ¡gran dolor de ojos son estas Persianas! Con todo oponiendo á la belleza de estas mugeres la honestidad de su moderacion y continencia, pasaba por delante de ellas como por delante de imágenes sin alma de unas estatuas.

Escribióle en una ocasion Filoxeno, General de la armada naval, hallarse á sus órdenes un Tarentino llamado Teodoro, que tenia de venta dos mozuelos de una belleza sobresaliente, preguntándole si los compraría; y se ofendió tanto, que exclamó muchas veces ante sus amigos en tono de pregunta: ¿qué puede haber visto en mí Filoxeno de indecente é inho-

nesto para hacerse corredor de semejante mercadería? Reprendió ásperamente á Filoxeno en una carta mandándole que enviara noramala á Teodoro con sus cargamentos. Mostróse tambien enojado al joven Agnon, que le escribió tener intencion de comprar en Corinto á Crobilo, mozo alli de grande nombradía, para preséntárselo; y habiendo sabido que Damon y Timoteo, Macedonios de los que servian á las órdenes de Parmenion, habian hecho violencia á las mugeres de unos estipendiarios, escribió á Parmenion dándole orden de que si eran convencidos, los castigara de muerte, como fieras corruptoras de los hombres; hablando de sí mismo en esta carta en las siguientes palabras: porque no se hallará que yo haya visto á la muger de Darío ni que haya querido verla, ni dar siquiera oídos á los que han venido á hablarme de su belleza. Decía que en dos cosas echaba de ver que era mortal, en el sueño y en el acceso á mugeres: pues de la misma debilidad de la naturaleza provenia el sentir el cansancio y las seducciones del placer. Era asimismo muy sobrio en cuanto al regalo del paladar; lo que manifestó de muchas maneras, y tambien en las respuestas que dió á Ada, á la que adoptó por madre y la declaró Reina de Caria: porque como esta, para agasajarle le enviase diariamente muchos platos delicados y exquisitas pastas, y finalmente los mas hábiles cocineros y pasteleros que pudo encontrar, le dijo que para él todo aquello estaba demas: porque tenia otros mejores cocineros puestos por su ayo Leonidas; que eran para el desayuno salir al campo antes del alba, y para la cena comer muy poco entre dia. El mismo, decia, reconoce mis cofres y mis guardaropas para ver si la madre me ha puesto cosas de regalo y de lujo.

Aun respecto del vino era menos desmandado de lo que comunmente se cree; y si parecia serlo, mas bien que por largo beber era por el mucho tiempo

que con cada taza se llevaba hablando; y aun esto cuando estaba muy de vagar: pues cuando habia que hacer, ni vino ni sueño, ni juego alguno, ni bodas, ni espectáculo, nada habia que como á otros capitanes le detuviese: lo que pone de manifesto su misma vida; pues que habiendo sido tan corta, está llena de muchas y grandes hazañas. Cuando no tenia que hacer se levantaba, y lo primero era sacrificar á los dioses, y tomar el desayuno sentado: despues pasaba el dia en cazar, ó en ejercitar la tropa, ó en despachar los juicios militares, ó en leer. De viage, si no habia de ser largo, sin detenerse se ejercitaba en tirar con el arco, ó en subir y bajar á un carro que fuese corriendo. Muchas veces se entretenia en cazar zorras y aves, como se puede ver en sus diarios. En el baño, y mientras iba á él y á unirse, examinaba á los encargados de las provisiones y de la cocina sobre si estaba en su punto todo lo relativo á la cena, yendo siempre á cenar tarde y despues de anochecido. Su cuidado y esmero en la mesa era extraordinario sobre que á todos se les sirviese con igualdad y diligencia. La bebida se prolongaba, como hemos dicho, por la demasiada conversacion: porque siendo para el trato en todas las demas dotes el mas amable de los reyes, sin que hubiese gracia que le faltase, entonces se hacia fastidioso con sus jactancias y de sobra militar, llegando á dar ya en fanfarron, y á ser en cierto modo presa de los aduladores, que echaban á perder aun á los mas modestos convidados: porque ni querian confundirse con los aduladores, ni quedarse mas cortos en las alabanzas: siendo lo primero bajo é indecoroso, y no careciendo de riesgo lo segundo. Despues de haber bebido se lavaba y se iba á recoger, durmiendo muchas veces hasta el medio dia; y aun alguna se llevó el dia entero durmiendo. En cuanto á manjares era muy templado: de manera que cuando por mar le traian frutas ó pescados

exquisitos, distribuyéndolos entre sus amigos, era muy frecuente no dejar nada para sí. Su cena sin embargo era siempre opípara; y habiéndose aumentado el gasto en proporcion de sus prósperos sucesos, llegó por fin á diez mil dracmas; pero aqui paró, y esta era la suma prefijada para darse á los que hospedaban á Alejandro.

Después de esta batalla de Iso envió tropas á Damasco, y se apoderó del caudal, de los equipages, de los hijos y de las mugeres de los Persas; de todo lo que tomaron la mayor parte los soldados de la caballería Tesaliana; porque como se hubiesen distinguido en la accion por su valor, de intento los envió con ánimo de que tuvieran esta mayor utilidad. Sin embargo aun pudo satisfacerse de botin y riqueza todo el resto del ejército; y habiendo empezado allí los Macedonios á tomar el gusto del oro, de la plata, de las mugeres y del modo de vivir Asiático, se aficionaron á la manera de los persas á ir como por el rastro en busca y persecucion de la riqueza de los Persas. Parecióle con todo á Alejandro que su primer cuidado debia ser asegurar toda la parte marítima; y espontáneamente vinieron los reyes á entregarle á Chipre y la Fenicia, á excepcion de Tiro. Al séptimo mes de tener sitiada á Tiro con trincheras, con máquinas y con doscientas naves, tuvo un sueño, en el que vió que Hércules le alargaba desde el muro la mano, y le llamaba. A muchos de los Tirios les pareció asimismo entre sueños que Apolo les decia se pasaba á Alejandro: pues no le era agradable lo que se hacia en la ciudad; pero ellos mirando al Dios como á un hombre que á su antojo se pasase á los enemigos, echaron cadenas á su estatua, y la clavaron al pedestal, llamándole Alejandrísta. Tuvo Alejandro otra vision entre sueños, y fue aparecésele un sátiro, que de lejos se puso como á jugar con él, y queriendo asirle, se le huia; pero al fin á fuerza de ruegos

y carreras se le vino á la mano. Los adivinos, partiendo asi el nombre, *sá-tiros*, le dijeron con cierta apariencia de verosimilitud, tuya será Tiro¹; y todavía muestran la fuente junto á la que le pareció haber visto en sueños al sátiro. En medio del sitio, haciendo la guerra á los Arabes que habitan el Anti-libano, se vió en gran peligro á causa de su segundo ayo Lisimaco; porque se empeñó en seguirle, diciendo que no se tenia en menos, ni era mas viejo que Fenix. Acercáronse á la montaña, y dejando los caballos, caminaban á pie: los demas se adelantaron mucho, y él no sufriendole el corazon dejar á Lisimaco, cansado ya, y que andaba con trabajo, porque cargaba la noche y los enemigos se hallaban cerca, no echó de ver que estaba muy separado de sus tropas con solo unos pocos, y que iba á tener que pasar en un sitio muy expuesto aquella noche, que era sumamente obscura y fria. Vió pues á lo lejos encendidas con separacion muchas hogueras de los enemigos; y confiado en su agilidad y en estar hecho á continuas fatigas, para consolar en su incomodidad á los Macedonios corrió á la hoguera mas próxima, y pasando con la espada á dos bárbaros que se calentaban á ella, cogió un tizon, y volvió con él á los suyos. Encendieron tambien una gran lumbrada; con lo que asustaron á los enemigos, de manera que unos se entregaron á la fuga, y á otros que acudieron, los rechazaron, y pasaron la noche sin peligro: asi es como lo refirió Cares.

El éxito que tuvo el sitio fue el siguiente: daba descanso Alejandro de los muchos combates anteriores á la mayor parte de sus tropas, y aproximaba solo unos cuantos hombres á las murallas para no dejar de todo reposar á los enemigos. En una de estas oca-

¹ Esto mismo dice la voz griega *Σάτιρος*, partida como se ha dicho.

siones hacia el agorero Aristandro un sacrificio, y al observar las señales aseguró con la mayor confianza ante los que se hallaban presentes, que en aquel mes sin falta había de tomarse la ciudad. Echáronlo á burla y á risa, porque aquel era el último día del mes; y viéndole perplejo Alejandro, que daba grande importancia á las profecías, mandó que no se contara aquel por día treinta, sino por día tercero del término del mes; y haciendo señal con la trompeta, acometió á los muros con mas ardor de lo que al principio había pensado. Fue violento el ataque, y como no se estuviesen ya quedos los del campamento, sino que acudiesen prontos á dar auxilio, desmayaron los Tirios, y tomó la ciudad en aquel mismo día. Sitiaba despues á Gaza, ciudad la mas populosa de la Siria, y le dió un yeso en el hombro, dejado caer desde lo alto por una ave, la cual, posándose sobre una de las máquinas, se enredó sin poderlo evitar en una de las redes de nervios que servian de cabos para el manejo de las cuerdas; y esta señal tuvo el término que predijo Aristandro: porque fue herido Alejandro en un hombro, y tomó la ciudad. Envio gran parte de los despojos á Olimpiada, á Cleopatra y á sus amigos, y remitió al mismo tiempo á su ayo Leonidas quinientos talentos de incienso, y ciento de mirra en recuerdo de una esperanza que le hizo concebir en su puericia: porque segun parece, como en un sacrificio hubiese cogido Alejandro y echado en el ara una almorzada de perfumes, le dijo Leonidas: cuando domines la tierra que lleva los aromas, entonces sahumarás con profusion: ahora es menester conducirse con parsimonia. Escribióle pues Alejandro: te envio incienso y mirra en grande abundancia para que en adelante no andes escaso con los dioses.

Habiéndole presentado una cajita, que pareció la cosa mas preciosa y rara de todas á los que recibian las joyas y demás equipage de Darío, preguntó

á sus amigos: ¿qué seria lo mas preciado y curioso que podria guardarse en ella? respondieron unos una cosa y otros otra, y él dijo que en aquella caja iba á colocar y tener defendida la Iliada; de lo que dan testimonio muchos escritores fidedignos. Y si es verdad lo que dicen los de Alejandria sobre la fe de Heraclides, no le fue Homero un consejero ocioso é inútil en sus expediciones: pues refieren que apoderado del Egipto, quiso edificar en él una ciudad griega, capaz y populosa, á la que impusiera su nombre; y que ya casi tenia medido y circunvalado el sitio segun la idea de los arquitectos, cuando quedándose dormido á la noche siguiente, tuvo una vision maravillosa: parecióle que un varon de cabello cano y venerable aspecto, puesto á su lado le recitó estos versos:

En el undoso y resonante Ponto

Hay una isla á Egipto contrapuesta

De Faro con el nombre distinguida.

Levantándose pues marchó al punto á Faro, que entonces era isla, situada un poco mas arriba de la boca del Nilo llamada Canobica, y ahora por la calzada está unida al continente. Cuando vió aquel lugar tan ventajosamente situado (porque es una faja que á manera de istmo con un terreno llano separa ligeramente de una parte el gran lago y de otra el mar que remata en el anchuroso puerto), no pudo menos de exclamar que Homero, tan admirable en todo lo demas, era al propio tiempo un habilísimo arquitecto; y mandó que le diseñaran la forma de la ciudad acomodada al sitio. Carecian de tierra blanca; pero con harina en el terreno, que era negro, describieron un seno, cuya circunferencia en forma de manto guarnecido comprendieron dentro de dos curvas que corrian con igualdad, apoyadas en una base recta. Cuando el Rey estaba sumamente complacido con este diseño, aves en inmenso número y de toda especie acudieron repentinamente á aquel sitio á mane-

ra de nube, y no dejaron ni señal siquiera de la harina, de manera que Alejandro concibió pesadumbre con este agüero; pero los adivinos le calmaron, diciéndole que la ciudad que trataba de fundar abundaría de todo, y daría el sustento á hombres de diferentes naciones; con lo que dió orden á sus encargados para que pusieran mano á la obra, y él emprendió viage al templo de Amon. Era este viage largo, y además de serle inseparable otras muchas incomodidades, ofrecía dos peligros: el uno de la falta de agua en un terreno desierto de muchas jornadas; y el otro de que estando de camino, soplara un viento ábrego en unos arenales profundos é interminables, como se dice haber sucedido antes con el ejército de Cambises, que levantando un gran monton de arena, y formando remolinos, fueron envueltos y perecieron cincuenta mil hombres. Todos discurrían de esta manera; pero era muy difícil apartar á Alejandro de lo que una vez emprendía: porque favoreciendo la fortuna sus conatos, le afirmaba en su propósito; y su grandeza de ánimo llevaba su obstinación nunca vencida á toda especie de negocios, atropellando en cierta manera no solo con los enemigos, sino con los lugares, y aun con los temporales.

Los favores que en los apuros y dificultades de este viage recibió del Dios le ganaron á este mas confianza que los oráculos dados despues; ó por mejor decir por ellos se tuvo despues en cierta manera mas fe en los oráculos. Porque en primer lugar el rocío del cielo y las abundantes lluvias que entonces cayeron, disiparon el miedo de la sed; y haciendo desaparecer la sequedad, porque con ellas se humedeció la arena y quedó apelmazada, dieron al aire las calidades de mas respirable y mas puro. En segundo lugar, como confundidos los términos por donde se gobernaban los guías, hubiesen empezado á andar perdidos y errantes, por no saber el camino, unos

cuervos que se les aparecieron, fueron sus conductores, volando delante y acelerando la marcha cuando los seguían; y parándose y aguardando cuando se retrasaban. Pero lo maravilloso era, segun dice Calistenes, que con sus voces y graznidos llamaban á los que se perdían por la noche, trayéndolos á las huellas del camino. Cuando pasado el desierto llegó á la ciudad, el profeta de Amon le anunció que le saludaba de parte del Dios, como de su padre; á lo que él le preguntó ¿si se habia quedado sin castigo alguno de los matadores de su padre? Repúsole el profeta que mirara lo que decía, porque no habia tenido un padre mortal; y entonces él mudando de language, preguntó ¿si habia castigado á todos los matadores de Filipo? y en seguida acerca del imperio ¿si le concederia el dominar á todos los hombres? Habiéndole tambien dado el Dios favorable respuesta, y asegurándole que Filipo estaba completamente vengado, le hizo las mas magníficas ofrendas, y á los hombres allí destinados los mas ricos presentes. Esto es lo que en cuanto á los oráculos refieren los mas de los historiadores; y se dice que el mismo Alejandro en una carta á su madre le significó haberle sido hechos ciertos vaticinios arcanos, los que á ella sola revelaria á su vuelta. Algunos han escrito que queriendo el profeta saludarle en Griego con cierto cariño diciéndole, hijo mio; se equivocó por barbarismo en una letra, poniendo una *s* por una *n*; y que á Alejandro le fue muy grato este error, por quanto se dió motivo á que pareciera le habia llamado hijo de Júpiter, porque esto era lo que resultaba de la equivocacion. Dícese asimismo que habiendo oido

Si el profeta hubiera empleado la voz *paidion* acabada en *n*, le hubiera llamado á Alejandro hijito; pero empleó la voz *pai-dios* acabada en *s*, que es hijo de Júpiter.